mediancele legangen et contains shelengs in des

"TODAVÍA VIVE LA LOCA"

EN MIRAMAR, Carlota ya no habla de Maximiliano. Parece vivir en otro mundo. Habiendo oído hablar de aquella exposición de París que produce tanto ruido en Europa y a donde van todos los soberanos, dijo: "Yo estoy fuera de contacto con todo eso. Miramar con su completa paz tiene algo bueno: es muy hermoso y es delicioso escuchar el canto de los pájaros".

La emperatriz está "abandonada de todos los suyos", dirá su hermano Leopoldo. Y prisionera. "En el calabozo", afirma Jules Devaux, ministro belga de asuntos extranjeros. Ni Sofía ni Isabel la quieren. A los ojos de la familia imperial, ella es la responsable del drama mexicano. "Pobre Carlota; consintió en irse allá lejos", suspirará mucho más tarde el archiduque Carlos Luis.

Carlota está tranquila; a veces de buen humor. Pinta y se pasea todos los días en el parque en compañía de su médico. Excepto a éste, no ve a nadie. Es cierto "que le tiene miedo a todo el mundo", y se muestra nerviosa después de haber visto a alguien. Sigue siendo presa de la idea del envenenamiento y del temor de que se quiere privarla de su libertad. Últimamente, una notabilidad en medicina que fue llamada para que viera a S. M., declaró a ésta perfectamente bien, excepto de la cabeza..."

* Según una carta de madame Kuacsevich al mariscal Bazaine -28 de junio de 1867-, comunicada por el capitán Jean Castaingt.

Entre las crîsis, la lucidez es completa. Se ocupa en pintar abanicos, lo que la divierte. Y en hacer tapicería: borda una casulla que se usará el día de Pentecostés, "rezando porque el Espíritu Santo siga iluminándola y fortificándola con sus dones". Lee mucho y, según su costumbre, obras muy serias. "Se hunde en la historia antigua, pues no sabe mucho hacia qué lado se dirige en este momento la historia moderna"; la Historia Santa de Duruy le interesa vivamente. "Os la recomiendo como quintaesencia de la Biblia", le dice a su antigua amiga la condesa de Grünne "a quien siempre tiene en su corazón", "es, como quien dice, su comentario; empecé su Historia Griega igualmente bien escrita" (2 de marzo de 1867).

Mantiene correspondencia con sus amigas y su familia belga a quien no olvida. Y piensa en el próximo matrimonio de su hermano Felipe, su predilecto, con la princesa Hohenzollern a quien "ya estima"; y en la belleza de Estefanía, hija de Leopoldo II. Le envía a la mayor de sus sobrinas, Luisa "algunas cosillas por su cumpleaños". Le ruega a la condesa de Grünne que le dé noticias de todo aquello que ella "estima" en su patria común (2 de marzo de 1867).

A veces se informa de lo que sucede en México. Se le responde que allá continúa la guerra, y que no debe esperar antes de mucho tiempo noticias del emperador. No piensa ella en escribirle a éste.

Estalla el drama de Querétaro. ¿Será necesario hablarle de él a la emperatriz? Los médicos le prohíben "temiendo la sacudida que pudiera producirle, y temiendo también que al anunciarle el terrible fin de Maximiliano, quisiera escaparse para ir a remplazarlo allá", explica el príncipe de Joinville a madame d'Hulst el 12 de julio de 1867. Esta reacción hubiera estado muy conforme con su carácter, del que la ambición y la energía son los rasgos dominantes. Y los que la cuidan no se engañan en esto.

La familia de Bélgica reclamará a Carlota, ahora viuda. "No hay que dudar de ello", dijo la reina María Enriqueta. Se reúne un consejo de familia y el rey admitió que se hiciese volver a Carlota. Habsburgo por nacimiento, la reina sabe hasta qué punto puede llevar la dureza de corazón la familia imperial. Ella, que siguió el doloroso calvario de esta joven que vino a Europa para suplicarles a Napoleón III y al Papa, porque se han mantenido al corriente de las gestiones de la

emperatriz, sufre al verla aislada, secuestrada, enferma. Y decidió cuidarla ella misma.

En derredor de Carlota, no hay nadie que pueda darle "un poco de cariño real y proporcionarle los cuidados del corazón que deberían hacerle bien en su abandono". Su doncella, la abnegada Matilde Doblinger, murió de manera "misteriosa". Ninguna dama vive ya en el castillo. Los Del Barrio dejaron Miramar para ir a establecerse en Viena donde "se vive mejor". El general Uraga que se hace mantener con el dinero de la emperatriz, vive en un hotel en Trieste. Cerca de Carlota, sólo un personaje de dudosa abnegación, el conde de Bombelles, completamente adicto a los Habsburgo.

Están en juego intereses de dinero. La dote de Carlota, el testamento de Maximiliano, son otras tantas cuestiones espinosas que serán acremente discutidas. El barón Goffinet, ayuda de campo del rey de los belgas, está encargado de las negociaciones con Francisco José y sus consejeros. Finalmente llegan, no sin trabajos, a un acuerdo. Leopoldo II tendrá la tutela de su hermana y se encargará de su mantenimiento. En cambio, renuncia, en nombre de Carlota, a todos los derechos estipulados en su contrato de matrimonio. Una partida de la fortuna personal de la emperatriz se remitirá a los fondos de los Habsburgo y la isla de Lacrona al intendente de la lista civil imperial.

La reina María Enriqueta parte para Viena acompañada de un especialista de enfermedades mentales, el doctor Bulkens, director de la casa de salud de Gheel; del barón Goffinet, de la condesa María d'Yve de Bavay, antaño dama de honor de la princesa Carlota, dama del palacio en 1857 en el momento del matrimonio, y ahora dama de honor de la reina.

Francisco José viene amablemente a esperar en la estación a la soberana belga, y le hace el honor de alojarla en los apartamientos de María Teresa. El 14 de julio María Enriqueta se dirige a Miramar, en donde halla ciertas dificultades para que le abran las puertas. Los guardianes son más bien carceleros. Finalmente, el doctor Jilek la introduce en el pabellón, y cierra la puerta tras ella. En el momento en que atraviesa la antecámara, viene Carlota a arrojarse en sus brazos, apretándola contra su pecho, abrazándola. Hace que la reina se siente al lado de ella y toma su mano entre las suyas "acariciándosela durante todo el tiempo".

María Enriqueta "la hace reir en mucha ocasiones" y se dice para sí misma que será preciso creer que Carlota está loca, puesto que lo atestigua el conde de Flandes y lo afirman tres médicos, pero que la emperatriz "no da la menor prueba de ello". Durante "cinco cuartos de hora" habla del modo más razonable, y con emoción de la muerte de Leopoldo I, de su madre. Desde que evoca al pasado y a Bélgica, se disipa la expresión de melancolía de su rostro. Pero al final, suspira: "Me encierro porque así lo quiere Max y debo esperarlo aquí. Está bloqueado allá, y no podemos tener noticias".

Carlota aceptó inmediatamente el ofrecimiento de la reina de llevarla a Bélgica. Como las conversaciones en curso aún no se han terminado, es preciso esperar. "De qué cerco bárbaro e impío ha sido necesario arrancar a esta pobre Carlota", escribirá María Enriqueta indignada... "Pienso que no existe en la historia el ejemplo de una joven tan abandonada como lo estaba la desdichada emperatriz". Es preciso luchar contra la familia, pero también contra quienes han estado encargados de vigilarla. Estos, descontentos al ver que les quitan un trabajo muy reposado y bien remunerado, hacen la comedia de la abnegación, sobre todo Bombelles, el cual usa de toda su influencia para impedir la partida. Sin embargo, triunfan de todos los obstáculos la energía, la obstinación y la habilidad de la reina y del barón Goffinet.

El 29 de julio, María Enriqueta va a buscar a su cuñada. El archiduque Carlos Luis llegó a Miramar para presentar los adioses de la familia austriaca. En el último momento, Goffinet descubre a Bombelles escondido en una alacena: quiere intentar una vez más retener a la emperatriz. Pero frustan todas las astucias y María Enriqueta puede finalmente llevar a Carlota a Trieste, en donde un tren especial espera desde hace diez días.

• •

El viaje transcurre sin incidentes. Carlota entra de nuevo en el palacio de Laeken. Partió de allí diez años antes en todo el resplandor de su juventud y de su felicidad. Regresa "en un estado espantoso, dice Leopoldo, sin tener más que la piel y los huesos". Y Jules Devaux: "¡Pobre emperatriz! ¡Qué ruina! Un gran fantasma, pálido, delgado, sin frescura, belleza ni expresión, como un pobre ser a quien se hubiera golpeado hasta el extremo y que todo teme y, encima de todo esto, destellos de inteligencia por momentos como en los mejores días..."

Desde el momento en que queda instalada en el castillo de Tervueren, Carlota parece calmarse, retomar su vida. María Enriqueta se ocupa de ella con la solicitud de una madre, sale con ella en tilburi, la pasea a través de los campos, le prodiga afectuosos cuidados. "Se diría que la reina pasó toda su vida al lado de alienados, tanto es lo que la reina sabe de tratar a la enferma", escribe el vizconde de Convay. La enferma se siente "cautivada por la reina, que es la única que obtiene de ella cuanto quiere".

"TODAVÍA VIVE LA LOCA"

María Enriqueta está feliz: "Nuestra querida hija, pues la considero ahora como mi hija, va tan bien como es posible, gracias a Dios. Pasa tranquila las noches, tiene buen apetito, y salimos dos veces al día. Los progresos son tan evidentes desde nuestra llegada, que me hacen concebir grandes esperanzas, y si continuamos así, creo que la curación no podrá tardar" (20 de agosto). Y el 4 de septiembre escribe Leopoldo: "En general, su razón es perfecta, se sintieron admirados por ello mis tíos, que la visitaron".

Los progresos son verdaderos. Las "tres cuartas partes del tiempo", la emperatriz habla y actúa como todo el mundo. Pero en ciertos momentos, "divaga y su pobre razón la abandona. Entonces se siente dominada por algunos temores, entre otros, el de ser conducida de nuevo a la antigua residencia que acaba de dejar". ¿Qué tortura pudo haber sufrido en Miramar para que ese recuerdo la aterrorice? Vivía allá "en perpetuas angustias", dice Leopoldo.

En ese mes de agosto de 1867, ignora el fin de Maximiliano. En torno de ella nadie viste de luto y se le ocultan cuidadosamente los periódicos. Por otra parte, ella no dice ni una palabra acerca de su esposo. Lo cual inquieta a la reina que trata de prepararla para la dolorosa noticia. "Le repetimos sin cesar que, a menos que le haya ocurrido una desgracia, su largo silencio sería inexplicable". Pero Carlota permanece muda. ¿Dudará de la verdad?

Pero será preciso ciertamente revelarle la verdad. Llegarán a Europa los restos mortales de Maximiliano, y muy pronto ya no será posible callarse. Llevan de nuevo a la emperatriz a Laeken. El cardenal Deschamps, antaño religioso redentorista, ahora arzobispo de Malinas, que fue director de conciencia de Carlota cuando ésta era niña, que la preparó para su primera comunión, y que ejerció sobre ella gran influencia moral, le dirá que Maximiliano, fusilado por órdenes de Juárez, tuvo un final admirable. El día 13 de enero, el señor Hoorickx, encargado de asuntos en México que acaba de llegar a Bruselas, le narra los últimos días de Maximiliano. Pálido, con el rostro adelgazado por las calenturas, vestido de negro, conmovido por su penosa misión, lo recibe en el salón del piso bajo, la emperatriz, en presencia de la reina. "Por muy dolo-

rosas que sean las noticias que traéis, creed, señor que os estaré siempre reconocida por vuestra abnegación con el emperador", le dice Carlota tendiéndole la mano.

Entonces Hoorickx empieza su narración: recuerda al imperio, reducido a la capital, rodeada por los republicanos; al emperador que toma la decisión de abdicar y luego su cambio respecto de aquella decisión por influencia de Lares; el emperador, prisionero en su palacio y su correo interceptado; luego su partida para Querétaro en donde se encuentran los nueve mil hombres del ejército nacional que tienen por todo uniforme una cinta blanca donde está escrito el nombre de su lugar de origen, y por municiones una correa con cartuchos; un ejército cuyo tesoro de guerra no pasa de doscientos cincuenta mil francos. Recuerda la actividad de Maximiliano en Querétaro: la presidencia de los consejos militares, la visita de las casernas y de los hospitales, las revistas, y cuenta la popularidad de que gozaba entre las tropas. Recuerda los veintidós combates librados contra cuarenta mil juaristas en el curso de un sitio de setenta y dos días, el hambre de los hombres, porque ya no hay qué comer sino frijoles y caballo; la resistencia que, pese a todo, hubiera durante todavía más tiempo si López no hubiese introducido al enemigo en la plaza.

Hoorickx enmudece. Reina el silencio. Finalmente, con voz apenas perceptible, Carlota murmura: "¿Y luego?" El diplomático cuenta cómo, disfrazado, salió de la capital con Magnus y Forest, y cómo pudo, el 5 de junio, entrar en el convento de las Capuchinas. Describe la pequeña celda donde el emperador se acostó, agotado por la enfermedad del hígado y la disentería, pero tranquilo e incluso sereno. "Mi memoria, dice, conservará eternamente la impresión que experimenté viendo la tranquilidad y resignación de Su Majestad que conversó conmigo como antaño en el palacio de México". La primera conversación duró dos horas. "Fui traicionado, engañado y robado por todo el mundo, me repitió el emperador en muchas ocasiones con tono lleno de tristeza, y finalmente me vendieron por once reales".

El emperador habla de Europa, de su madre, de la emperatriz, de su amistad con toda la familia real de Bélgica, particularmente con el conde de Flandes. "Siempre amé mucho a Felipe, era un amigo íntimo para mí. Le repetiréis estas palabras, ¿verdad?" Hoorickx repite todas las palabras de Maximiliano y pinta de nuevo los esfuerzos que se hicieron para salvar la vida del emperador; los correos enviados a los generales liberales a quienes se juzga capaces de escuchar la voz de la humanidad; la abnegación de los abogados. Y luego

pronuncia las terribles palabras: "El emperador murió con el valor de un hombre y la dignidad de un príncipe".

Bruscamente se levanta la emperatriz, abre la puerta y se

lanza al parque, exhalando gritos de dolor...

Durante largo tiempo llorará en brazos de la reina. Sus primeras palabras: "¡Ah! ¡Si pudiera hacer la paz con el cielo y confesarme!", revelan un cambio completo interior: desde hace meses abandonó toda práctica religiosa y se alejó de los sacramentos.* No obstante, en la noche hace que llamen a María Enriqueta. Le falta el valor y no irá a confesarse. "Pero gracias a Dios, logré calmarla rezando un poco con ella y todo transcurrió en calma esa mañana", escribe la reina (14 de enero de 1868).

...

El choque fue violento, pero amortiguado por el pensamiento de que Maximiliano tuvo "un fin bello y digno", según las palabras del cardenal Deschamps. ¿Será saludable? La reina tiene "muchas esperanzas" y cree que "va hacia una curación completa". Carlota está tranquila, tan tranquila que permanece en Laeken. Evitan, sin embargo, hablar de los próximos funerales.

Carlota le escribe a su antigua amiga la condesa de Hulst, el 28 de enero, una carta completamente normal. "El lenguaje de vuestro afecto maternal, ha sido dulce para mí en medio de mi profundo dolor. Como decís, únicamente Dios tiene consuelos para tales pérdidas que rompen en un día la felicidad de toda la vida..." Y afluyen los recuerdos: "Cuando me traslado con el pensamiento a aquella noche que precedió a mi matrimonio y que pasé con vos, cuán lejos estaba yo de prever que todas esas alegrías deberían ser tan cortas y esa

^{*} Este alejamiento de los sacramentos en un periodo de disturbio mental, ¿no revelará que en Carlota la religión era más una actitud que una fe profunda? ¿No había heredado "volterianismo" de Leopoldo I? A este propósito existe un curioso testimonio, el de un religioso que, habiendo terminado sus estudios en Roma y llegado a México para ordenarse de sacerdote, le pidió audiencia a la emperatriz. Le recordó a ésta que le había sido presentado en Roma. Cuando la emperatriz supo que había trabajado en Alost y en Namur, la conversación se orientó hacia Bélgica. Luego, bruscamente, se puso en pie la soberana e invitó al sacerdote a seguirla. En su biblioteca privada le mostró con orgullo colecciones completas en muchas lenguas de las obras de Voltaire. El visitante juzgó "fuera de lugar" esta manera de publicar su gusto por Voltaire. (Reminiscencias, doctor Gregorio Eulogio Gillow, Los Ángeles, 1920).

unión rota tan pronto..." Pero se somete: "Dios sabe lo que hace. Sin duda le pareció que mi bienamado emperador ya había merecido la eternidad y quiso que no esperara más la recompensa. Ciertamente es imposible ver un fin más bello y más cristiano que hubiese tenido, incluso si se nos permite hacer esta comparación, tanta relación con el sacrificio que se efectuó en el Calvario. Si los hombres trataron así al Hijo de Dios, cómo admirarse de que no hayan perdonado tampoco al hijo de los reyes cuyo solo crimen también había sido el de hacer el bien y entregarse a la salvación de los demás..."

Ni una línea, ni una palabra en esta carta que descubra la menor perturbación. Todo lo que expresa rima bien con el carácter de Carlota, aquel carácter donde el orgullo está encima de los demás sentimientos. ¿Está verdaderamente en camino de curarse? Puede creerse. Después de los funerales de Maximiliano, manda hacer una fotografía del emperador en uniforme de marino, de pie en la proa de un barco, con un bandera en el brazo, navegando en un mar agitado. Esta fotografía que simboliza el naufragio del imperio mexicano, la envía firmada por ella con estas palabras en el reverso: "Rogad por el reposo del alma de Su Majestad Fernando Maximiliano José, emperador de México, nacido en Schoenbrunn el 6 de julio de 1832 y muerto en Querétaro el 19 de junio de 1867". Y unos versículos de la Biblia, en latín y en español que ella misma ha escogido. En la de Hidalgo: "El buen pastor da espontáneamente la vida por sus ovejas" (San Juan, X). Y: "La memoria del justo vivirá eternamente; no temerá las palabras malvadas de los hombres" (Salmos III, v. 6).

Le envía a la mariscala Bazaine "una medallita de la Santísima Virgen para su ahijado que deberá llevarla consigo en recuerdo de su madrina. Fue bendecida por el Padre Santo".* En las cartas que les escribe a quienes le han expresado sus condolencias, nada que no sea normal. "Es imposible que todos los corazones no se sientan conmovidos, y más aún los que estuvieron cerca de él, por el noble y heroico fin del emperador, único por su abnegación como por la grandeza del sacrificio y el espíritu con el cual fue consumado" (A Hidalgo—14 de mayo de 1868).

Aparte de algunos momentos muy raros "durante los que las ideas se enturbian", observa la condesa de Grünne, el estado mental parece haber vuelto a ser sano. Ciertamente, no hay que "tocar ciertos puntos que irritan a la emperatriz",

pero no se encuentran en ella "las características de otros alienados". No, sino "más bien extravagancias, manías y una sobrexcitación que indican una inteligencia cuyas fuerzas han sido sobrepasadas y que tiene necesidad de calma para recobrarse".

Físicamente, Carlota ha vuelto a ser lo que era, "No podéis figuraros qué bella está en este momento. No creo haberla visto antes tan bella", escribía la reina desde el mes de enero de 1868. Blasio, que había solicitado una audiencia sin haber podido obtenerla -pues temen los médicos que la presencia del secretario de Maximiliano provoque una crisis-, se dirige a Laeken, resuelto a ver a la emperatriz. Desde la reja ve a tres damas vestidas de luto que se pasean bajo los árboles. Reconoce la graciosa silueta de Carlota, y se lleva el recuerdo de un hermoso rostro triste, de dos grandes ojos negros muy bellos, que parecen todavía más grandes, todavía más bellos, "ojos que se fijan a lo lejos como para interrogar al destino". Incluso los niños son sensibles a la belleza de la emperatriz. Su joven sobrina, Estefanía, dirá que está "fascinada" por aquel rostro de color del alabastro, con largas pestañas negras que les dan sombra a los grandes ojos en forma de almendra y coronado de una masa de cabellos negros.

* •

En el mes de junio es el aniversario de la muerte de Maximiliano. ¿Es el contragolpe lo que provoca en Carlota síntomas alarmantes? A partir de esa fecha, "se produjo una gran agitación... cada día hacía temer una crisis", dice madame De Grünne. Y luego, en julio, vuelve la calma. Pero "el estado moral" parece haberse agravado. "Los caprichos extravagantes y las manías aumentan, y pierdo la esperanza de ver que retorne a un género regular de vida, dedicada al bien, como lo hacía presagiar la mejora que siguió al anuncio de sus desdichas", escribe el 7 de agosto. Sin embargo, "todavía se pasan con ella horas encantadoras". Horas durante las que ella recuerda los días de su infancia que son "los puntos luminosos de su vida"; horas en las que habla de sus hermanos, de los tres hijos de Leopoldo, "muy gentiles", del palacio "que brillaba de dorados" en donde se instalaron Felipe y su familia; de los arreglos del palacio de Laeken que han modernizado.

Más tarde, en noviembre, el día de difuntos, Carlota escribe como una mujer entristecida, pero ninguna palabra indica la falla de su razón. "En cuanto a mí, como vos decís, ya no

Carta de la emperatriz al mariscal Bazaine —18 de junio de 1868—, amablemente comunicada por el señor capitán Jean Castaingt.